



I.

Figuraos, si podeis, amabilísimos lectores, un inmenso edificio colocado en unas amenas montañas. Figuraos que entráis este edificio y que véis patios espaciosos, suntuosas arquerías, sostenidas por columnas delgadas y esbeltas como el tallo de un rosal, cornisas caladas y pulidas como una obra de platería de Benvenuto Celini, fuentes de mármol, surtidores blancos por donde corre una agua cristalina, naranjos copados de sus dorados frutos, dahalias, jazmines, yedras, pasionarias y claveles. Figuraos también que una tarde de verano estáis sentados en ese sitio, que le nombran los españoles la Alhambra de Granada, respirando los aromas del campo, y adormecidos con el voluptuoso ambiente andaluz, y el lento y compasado murmullo de las fuentes, y que de repente veis salir de en-

tre las flores una muchachita de quince años, con un rostro expresivo y halagüeño, una cintura de abeja, y un gracioso y natural garbo que hace ondear su túnico blanco, y la vista busca con avidez unos pies pequeños que giran veloces, de los que podría decirse:

“Flores nacen donde pisan.”

Naturalmente la primera idea que tendríais es, que esta figurilla fantástica que ha venido á turbar vuestra voluptuosa soñolencia en los patios de la Alhambra, es una mora encantadora, una odalisca que aún recorre sus palacios y jardines, y aguarda las trovas delicadas de algún enamorado árabe. Pues no, la visión peregrina y bizarra que habéis visto pasar rápida y flotante como una maga, no es otra sino la niña María Paquita. Mas adelante sabréis su historia; por ahora basta con lo expuesto para que no dudéis cómo es la heroína de una novela romántica.

II.

Ni otomanas, ni sofás de Damasco, ni cortinajes de tisú, ni soberbios espejos, ni candelabros, ni nada de lo que puede recrear la vista y predisponer el ánimo á gra-

tas sensaciones, había en la casa de Paquita. Unas cuantas sillas ordinarias, una mesa de madera blanca, un lecho aseado, pero pobrísimo; una tinaja en un rincón, la escoba, el plumero y algunos trastos en una tabla: éstos eran los muebles que había colocados en un aseado cuarto de una calle de Granada; pero la figura esbelta de Paquita daba ser y alegría á esta modesta habitación. Nunca son más hermosas las flores que cuando nacen entre los zarzales y malezas. Lo mismo es una mujer: cuando se la ve entre la caoba, el oro y el mármol, la atención se divaga, y muchas veces se admira más el tisú de un sofá que la hermosa que está muellemente reclinada en él.

Paquita, pues, estaba sentada una tarde delante de una ventana, arreglando una tunicela de terciopelo, bordada de oro y lentejuelas, cuando entró un joven de ojos pequeños y hundidos entre las cejas, bigote y perilla negros como el azabache, y cabello un poco más claro, largo y rizado en las extremidades. Vestía un traje negro, que descubrió al desembozarse la magnífica capa de paño azul con cuello de nutria que traía puesta. Fácil era, pues, reconocer en D. Fernando Garcés (que así se llamaba) uno de estos jóvenes elegantes que concurren día por día en Madrid á la puerta del Sol, y noche á noche al teatro del Príncipe. D. Fernando, por entonces, por los

motivos que pronto se sabrán, había abandonado por algún tiempo la corte, y residía en Granada, habitando una de las más elegantes posadas de la morisca ciudad.

Apenas María vió al personaje que acabamos de describir, cuando arrojando la costura que la tenía ocupada, se puso en pie con visible intento de arrojarse en brazos del joven; mas arrepentida quizá, se detuvo á mitad de su camino, y bajando los ojos, exclamó:

—Fernando, ¿es posible que seas tan cruel? Tres días han pasado sin que hayas venido á verme.

—Es verdad, María, tres días hace que no te veo; pero también tres días hace que no vivo. Y bien, María, ¿por qué no me abrazas? ¿Por qué te arrepientes de ejecutar lo que te dictaba el corazón?

—Dices bien, Fernando, contestó María tendiéndole la mano, mi primer movimiento cuando te ví entrar fué echarme en tus brazos; pero eres tan ingrato. . . .

—Amante hasta la idolatría deberías decir, replicó Fernando, estampando un beso en la rosada mano de María; pero ¿qué quieres? Me encargaron en mi casa que visitara en su quinta de campo á la condesa de Peña Negra, y me ha sido imposible desprenderme, sin dar motivo á sospechas que no quiero por ningún título conciba mi familia.

—Siempre en visitas en casa de las marquesas y condes, exclamó María con marcada cólera; ya se ve, esas visitas se pueden hacer á la luz del día; no así las que de tarde en tarde se hacen á una pobre huérfana. . . . á una bailarina.

—Siempre estás celosa y preocupada, María. Las visitas de la gente de alto rango me fastidian, me incomodan; no así cuando te veo, cuando gozo las dulces horas que me proporciona tu genio vivo y alegre.

—Palabras vanas, que voy dejando de creer, pues me las repites todos los días y nunca. . . . nunca me has dicho que piensas seriamente en. . . . porque un hombre honrado, ó mejor dicho, un hombre que ama, trata de asegurar para siempre la felicidad de su querida.

—María, esas son quejas infundadas. Tú sabes que he abandonado los placeres de la corte por venir en pos de tí: sabes que jamás he arrancado por la violencia una sola caricia tuya.

—¡Ah, Fernando! dijo la muchacha suspirando; pero las has arrancado por el amor.

—¿Me amas? ¿Me amas, María?

—¿No te lo he dicho?

—Sí, es verdad; pero es tan grato oírlo repetir por tu boca infantil; es tan agradable escuchar unas palabras tan dulces de

una criatura inocente; porque tú eres inocente aún, María.

María se sonrojó, y una lágrima asomó á sus párpados.

—Siempre triste, siempre llorando y ocultando en tu alma un pesar que te devora. Dime'ó, María; dime'ó, te lo he suplicado mil veces; y siempre te has obstinado en guardar ese secreto.

—Me aborrecerías en el momento que supieras mi historia.

—De ninguna suerte, María, cualquiera que sean las cosas que me cuentes, jamás te aborreceré. Si has tenido alguna falta...

—Falta, Fernando! exclamó colérica la muchacha.

—Perdón, María. Sé que eres pura, incapaz de cometer una acción mala por voluntad, y sólo quería yo hablar de esas pequeñas faltas de niña.

—Es forzoso al fin, que sepas cuánto he sufrido en mi corta vida. Después, si te place, puedes aborrecerme ó amarme más; pero no quiero ocultarte nada de lo que te importe saber. Las bailarinas somos á veces más ingenuas que las condesas.

Fernando se mordió los labios al escuchar este sarcasmo; pero disimulando, dijo á María:

—Habla, habla, hija mía, que nada podrá hacer que varíe mi amor.

III.

Durante esta conversación, los interlocutores habian permanecido en pie; pero antes de comenzar María su historia aproximó una silla, y habiéndose sentado, hizo seña á Fernando para que hiciese lo mismo. Después de un rato de silencio, María comenzó así:

—La historia de una huérfana es una historia llena de lágrimas. ¿Qué otra cosa puede contar una pobre criatura que no conoce á su madre, que ha vagado de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan y un rincón en que albergarse?

—¡Pobre María! exclamó Fernando tomándole una mano, ¿con qué no sabes quién te dió el ser?

—No lo sé, Fernando, ni lo quiero saber, porque estoy segura que no amaría á mi madre.

—¿Y esa Dorotea de quien me has hablado, no era tu madre?

—La quería yo como á tal. La pobre anciana me meció en la cuna, compró á costa de su trabajo una cabra para que me criase, y me enseñó á leer, á coser y á rezar. Si vieras con qué ternura me sentaba sobre sus rodillas, y alisando mis cabellos, que entonces eran delgados y castaños, me decía:

—Hija mía, eres muy niña; pero el día que crezcas y que te encuentres sola, los hombres te dirán que eres muy hermosa, que te adoran, que te harán feliz. ¡Ah! María! no los creas, porque te engañarán, y te harán desgraciada. Tú no estás en la edad de comprender lo que es honor; pero cuando tengas quince años, acuérdate de las palabras de tu madre y cuidate del mundo. Después, Dorotea me besaba, se separaba de mí, y oía yo que en voz baja y con una ternura indefinible, decía:

—¡Pobre inocente! ¡qué será de su suerte cuando yo le falte!

No sé qué tenían de amargo y de terribles para mí estas palabras; el caso es que hacían estremecer mi corazón infantil, que hacían llenar de lágrimas mis ojos de niña. Pasado un momento todo lo olvidaba yo, y reía y jugaba alegremente.

Se aproximó por fin el lance que tanto temía Dorotea. Una tarde llegó á casa, pálida, con los ojos desencajados, y el aliento trabajoso. En cuanto la ví en ese estado, me arrojé á sus brazos diciéndole:

—¿Qué tienes, madre mía? ¿Sufres? ¿Estás enferma?

—Muy pronto voy á dejarte para siempre, Mariquita, porque presiento que esta enfermedad me llevará al sepulcro, y te quedarás sola, absolutamente sola en el mundo. Dios velará por tí, puesto que tie-

ne cuidado de sustentar al pájaro que está en el nido; mas sin embargo, moriría enteramente tranquila si no te dejara á tí, mi pobre niña, hija mía.

Había tanta melancolía en estos razonamientos, que me puse á sollozar; y mientras, Dorotea aplicaba sus labios calenturientos á mis ojos y secaba mis lágrimas con sus besos ardientes. Comprendí en el instante lo terrible de la soledad, y el mundo alegre y brillante hasta entonces para mí, se me presentó como un inmenso caos. ¿Qué haría yo sola? ¿A qué techo me acogería? ¿Cómo ganaría para comer? ¿A quien amaría cuando dejara de existir Dorotea? ¿Quién enjugaría mi llanto? ¿Quién tendría piedad de mí? Un pensamiento de suicidio vino á mi cabeza. Era inocente y ya meditaba un crimen; porque el mundo y la soledad me aterrorizaban.

La noche que siguió á esta tarde, Dorotea la pasó delirando con su hija María, y su hija María acostada junto del lecho de la enferma sollozaba y envolvía su cabeza entre las ropas de la cama, sobrecogida de un terror y calofrío terribles.

—¿Comprendes, Fernando, cuán amarga es una situación semejante, cuando no han corrido más que quince años de vida?

—¡Mi pobre María! Si entonces te hubiera conocido, te habría servido primero de padre, y de protector, y luego de esposo; pero sigue, sigue tu historia.

—Cuando amaneció el día, Dorotea dormitaba, aunque con alguna agitación, y yo, que había pasado en vela toda la noche, me levanté de puntillas, y traté de implorar el favor y la ayuda de una señora que vivía cerca de nuestra casa, con quien mi madre adoptiva tenía amistad. Concluido esto, y habiéndome hecho prometer de la vecina que iría á mi casa luego que sus ocupaciones se lo permitieran, volé al lado de Dorotea.

Luego que me vió se incorporó en el lecho y con una voz dulce me dijo:

—Mariquita, estoy mucho mejor que anoche, quizá Dios me dará vida.

—Así lo espero, madre mía.

—Sin embargo, temo que el delirio se apodere otra vez de mí, y entonces no podré decirte cosas que te interesan. Toma esta llave, abre mi cofre y dentro de él hallarás una pequeña cajita, sácala y traela.

Hice lo que Dorotea me ordenaba, y ella abrió la cajita y sacó de ella un rosario de oro y concha nácar, y me lo puso al cuello diciéndome:

—Esta es la única alhaja que tienes, Mariquita; consévala por mi memoria, y porque algún día te puede servir.

—Con efecto, madre, servirá á la pobre huérfana, para comprar un pedazo de pan el día que no tenga que comer, ni techo que la acoja.

—Tal vez te será útil para alguna cosa más. Merced á ella podrás conocer á una persona que te amparará, y te pondrá tal vez en el rango en que debes estar.

Maquinalmente tomé la cruz del rosario y la besé, instando á mi madre para que me explicara de qué manera podría serme de tanta utilidad, y ella, acomodándose en el lecho, continuó así:

—Una noche, me acuerdo como si acabara de pasar, en que tronaba la tempestad, la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos se introducían por las hendiduras de la ventana, tocaron fuertemente la puerta; no me asombré, pues á consecuencia del ejercicio que hace muchos años tengo de revendedora de ropa, era muy frecuente que á todas horas del día y de la noche, viniesen á mi casa multitud de personas. Con esta confianza, pregunté quién llamaba á la puerta, y habiéndome respondido una voz suave y agradable, abrí sin dificultad alguna. Una mujer encubierta se precipitó hasta el fondo de mi cuarto, y dejó sobre la cama una criatura, diciéndome:

—Señora Dorotea, conozco el buen corazón de vd., y le dejo esta criatura. Es fruto de los amores ilícitos de una joven principal, condesa nada menos: vd. salva el honor de la madre, y da vd. la vida á una infeliz inocente. Dios le recompensará este beneficio. Al decir esto salió precipitada-

mente, dejándome espantada y confusa. Cuando volví de mi asombro, mi primer idea fué tomar á la niña y ponerla en la calle ó en la puerta de otra casa. ¡Dios me lo perdone, pues con ese intento corrí á la cama y la cogí en mis brazos; pero la ví tan linda, con su pequeña faz rosada, sus ojos negros abiertos.... y luego el angelito sonrió.... en lugar de llorar, pues estaba empapado y temblando de frío.

Esa noche acudí á las vecinas que tenían chiquitos, para que le dieran de mamar; y al día siguiente, reuniendo mis ahorros, compré una cabra para que criase á mi niña, y desde entonces cada día se ponía más hermosa, más risueña, más amable, y yo la adoraba como si fuese mi hija.

Ahora tiene quince años, y la voy á dejar abandonada para siempre.

Dorotea reclinó su cabeza en mis hombros y lloró, á la vez que yo exclamaba:

—¿Con que no eres mi madre? ¿Con que yo soy huérfana? ¡Oh! yo quiero que seas mi madre, porque á tí sola te amo, y tú sola me has educado.

—Sí, tú eres mi niña, mi hija; pero voy á morir, y este rosario puede darte á conocer algún día á tu verdadera madre.

¿Ya ves, Fernando, lo que hacen las condesas? Gozan, aman, y arrojan á sus hijos á la orfandad, sin volverse á acordar jamás de ellos.

—Esto es infame, murmuró Fernando.

—Sin embargo, si yo encontrara á mi madre, todo se lo perdonaría, y la amaría como amé á Dorotea.

—Pero, al fin, María, ¿qué sucedió?

—Desde el momento que Dorotea me hizo esta revelación, doblé mis atenciones por ella, velé día y noche á su cabecera, y pedí á la Virgen con fervor que ó conservara los días de mi infeliz madre adoptiva, ó al menos le pagara con un alto lugar en el cielo, la caridad que había hecho de recoger á la desvalida criatura á quien sus padres arrojaron de su casa.

—¿Y al fin?

—Al fin, murió Dorotea. La sexta noche de su enfermedad, apenas pudo hacerme señal de que me acercara; lo hice así, y tomando mi mano con la suya sudorosa y fría, comenzó á boquear. Yo caí de rodillas, y llorando pedía al Señor recibiese el alma de la única compañera que tenía en el mundo. A las once de la noche expiró Dorotea, y yo niña de quince años, sin experiencia, sin apoyo, sin amparo, me encontré sola, frente á frente de un cadáver que se llevaba á la tumba toda mi dicha y todas mis esperanzas.

Doña Petra Cisneros, así se llamaba la amiga á quien te dije le di aviso luego que se enfermó Dorotea, se presentó á la mañana siguiente, dispuso el entierro, vendió

los pocos muebles que había, y me llevó á su casa.

A los pocos días, cuando aún mis lágrimas no cesaban de correr, y el corazón me dolía de pena, me llamó Doña Petra, y me dijo:

—María, eres huérfana y pobre, y es menester que ganes el pan con tu trabajo.

—Muy bien, señora, le contesté; dígame vd. en qué puedo ocuparme, y no sólo tendré gusto en ganar para mi subsistencia, sino en ayudar á vd. á vivir.

—Sabes, replicó, que soy una pobre, que como lo hacía tu madre Dorotea, gano mi vida vendiendo ropa usada, así es que voy á despedir á la criada y te haré la caridad de darte la comida, y la casa porque me sirvas.

Estas son, Fernando, las caridades y los beneficios que hacen las gentes del mundo con sus semejantes. Mis padres me lanzaron como una sabandija de su casa en cuanto nací, y una mujer me hacía la caridad de tenerme por esclava.

Acostumbrada á los cariñosos mimos de Dorotea, se me hizo dura, humillante, horrible, la condición á que tenía que someterme. Acepté porque no había otro remedio.

Un año entero pasé trabajando como una verdadera esclava. A las cinco de la mañana tenía que acarrear agua, después

que asear la casa, guisar, coser, y aguardar en la puerta como un perro á Doña Petra, que nunca entraba antes de la una de la noche. Bebía en silencio mis lágrimas, no tenía á quien quejarme; estaba desesperada: una mañana Doña Petra me suplicó con tono afable, lo que era en ella muy raro, que le prestrá mi rosario; díjele que mi madre me había encargado que nunca me separase de él. Ella con tono áspero insistió, yo rehusé, ella quiso arrancármelo por fuerza, yo me defendí; entonces hirió mi frente con una llave, y me arrojó de su casa. Esta fué la caridad de Doña Petra. Después la he encontrado miserable, pidiendo limosna y no le he rehusado ni un asilo, ni un pedazo de pan, ni una camisa con que cubrir su desnudez.

—¡Noble criatura! exclamó Fernando. ¿Y qué hiciste, mi linda María, cuando esa infame te arrojó de su casa tan cruelmente?

—No puedes imaginar el tormento que sufrí al verme abandonada en una calle, piés y pedirle que no me arrojase tan inhumanamente de su casa, prometerle ser su esclava, darle mi rosario, y mi vida si la quería; pero tenté la sangre que corría de mi frente; el orgullo me dió valor, y eché á andar resueltamente por la ciudad.—Es muy tarde Fernando, y tengo precisión de concluir mi vestido para bailar es-

ta noche en el teatro; por otra parte, lo que falta que contarte es lo más terrible de mi pequeña historia, y tantos recuerdos, sin tener donde ir, ni donde pasar la noche. Mi primera idea fué entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, echarme á sus tantas emociones de una vez me matarían. —Ve, Fernando, ve por la casa de tu condesa de Peña-Negra y déjame: necesito estar sola.

Antes de que Fernando pudiera articular una sílaba, María entró en una pequeña alcoba, y cerró tras sí la puerta con llave.

Fernando se retiró cabizbajo y pensativo.

IV.

Por la noche se representó en el teatro la tragedia de D. Manuel José Quintana, titulada: El Pelayo. Aquel amor terrible de Ormesinda, aquel valor y caballerosidad de Pelayo, aquellas concepciones sublimes del venerable poeta clásico, arrancaron lágrimas á los espectadores y los dejaron hechos presa de profunda melancolía: mas después se levantó el telón y apareció María Paquita con un justillo de terciopelo negro bordado de oro, una tunicela de crepón blanco, y un sombrerillo nácar adornado con flores, y que dejaba descubiertos dos delicados rizos de su cabello. La or-

questa comenzó á modular esas notas voluptuosas, alegres y vivas, en que abundan las sonatas y canciones españolas. María hizo al público una graciosa cortesía, y comenzó á bailar, con mesura y dignidad: después la música vibraba con una armonía celestial; el octavino y el flageolet enviaban sus armonías de gilguero hasta el fondo del alma, y María movía los pies veloces, su figura esbelta se animaba, su tunicela flotaba graciosamente despidiendo oleadas de luz. Ya se percibía en el fondo obscuro del proscenio como una sílabe llena de claridad, ya se acercaba ejecutando rápidos movimientos y mudanzas. Un pincel, el pincel de Miguel Angelo, para pintar esa cintura flexible y delicada, esos pies pequeños, ligeros y casi invisibles, esas ondas graciosas y relumbrantes de la tunicela, ese rostro en fin de ángel expresivo, animado, encantador... Sí, un pincel, porque la pluma... la pluma es menester botarla y pisarla con rabia, cuando no tiene poder bastante para pintar un cuadro voluptuoso, espléndido, lleno de la luz de los mil quinqués que alumbran un teatro... Los espectadores aplaudieron con furor: el baile se repitió, y se repitieron los aplausos. El gran ingenio de Quintana quedó nulificado, ante la mágica belleza é incomprensible agilidad de María Paquita. Fernando loco, de-